

Javier Moreno

Null Island

La decadencia sexual de un escritor como metáfora de su propia literatura.

Candaya Narrativa 63

Diseño de la colección: Francesc Fernández
Primera edición: octubre 2019

ISBN: 978-84-15934-70-7
21x14 cm; 224 páginas.
PVP : 16€



LA OBRA: NULL ISLAND

Null Island es ese lugar imaginario situado en el Golfo de Guinea al que el buscador de Google Maps nos remite cuando introducimos unas coordenadas erróneas. Cero grados latitud Norte (y Sur) y cero grados longitud Este (y Oeste). Algo así como el origen de coordenadas de la superficie terrestre. Pero *Null Island* también puede ser la provincia de Soria. O un sexo impotente.

Un hombre pierde repentinamente su capacidad de erección. Un escritor. Lo que sucede a partir de ese momento adquiere tintes casi de inquisición policial. No se trata de buscar a un culpable sino de poner en relación ese hecho fatídico con otras claves de su existencia: su relación de pareja, su modo de mirar el mundo, pero también la literatura. Se empeña el escritor en concebir una novela sin personajes, y en esa renuncia a la épica reside tal vez la causa de su impotencia. O en algo más prosaico: la rutina, la edad; en fin, la falta de deseo. Aunque quizás se confunda la causa con el efecto. Nunca supimos qué vino antes, si el huevo o la gallina. Mientras tanto el narrador confiesa lo inconfesable, gozando de esa libertad absoluta que consiste en prescindir de todo secreto. ¿Libertad, hemos dicho? ¿No será acaso la transparencia la última de nuestras tiranías?

Javier Moreno salta en estas páginas de un territorio a otro, de lo psicológico a lo sociológico, de la idea fulgurante a la emoción, con la habilidad de un prestidigitador, con la brillantez y la clarividencia a la que nos tiene acostumbrados. Incómodo a veces, siempre lúcido, nos ofrece en esta novela un espejo quebrado que todavía acierta a reflejarnos.

EL AUTOR: JAVIER MORENO

Javier Moreno (Murcia, 1972), ha cursado estudios de Matemáticas, de Filosofía y de Teoría de la literatura y literatura comparada. Es autor de las novelas *Buscando Bateria* (1999) *La Hermogeniada* (2006), *Click* (Candaya, 2008); Nuevo Talento FNAC), *Alma* (2011), *2020* (2013) y *Acontecimiento* (2015). En poesía ha publicado los poemarios *Cortes publicitarios* (2006), *Renacimiento* (2009) y *Acabado en diamante* (2009). Ha sido incluido en las antologías *La luz nueva* (2007), *La casa del poeta* (2007) y *La imagen y su semejanza* (2015). Es autor de la obra de teatro *La balsa de Medusa* (2007), y del libro de relatos *Un paseo por la desgracia ajena* (2018). *Null Island* es su segunda novela en Candaya.



DE LA OBRA ANTERIOR DEL AUTOR SE HA DICHO:

“Javier Moreno es un autor, literariamente hablando, muy ambicioso, lo cual dentro de poco, al paso que vamos, será visto en su país como una excentricidad. De hecho, es posible que ya esté sucediendo esto”. **Enrique Vila-Matas**.

“Kubrick, Malkovich, Einstein and everything else. A piece of quantum prose”. **Don DeLillo**.

“De cada tres frases podría hacerse un poemario entero o una novela entera, concatenación de intuiciones audaces, exigentemente poéticas, inteligentes, en absoluto pretenciosas ni forzadas”. **Agustín Fernández Mallo**.

“El tema de *Cortes publicitarios* es simple, preciso, inabarcable: el presente como negación -por asimilación- del pasado y del futuro (...) Moreno sale bien librado, gracias a una ingeniosa fusión de verso (cuasi) ortodoxo e hipertexto, donde cabe desde la nomenclatura química hasta la cita filosófica pasando por el eslogan publicitario.” **A. Sáenz de Zaitegui, El Mundo, El cultural**.

“Nada parece rechazable como referencia anecdótica del poema: todo lo que nos ofrece la realidad, desde el nombre de una constructora hasta Andy Warhol, pasando por la memoria del Holocausto o el "top manta", es su materia prima. Un tratamiento irónico de esos elementos en sus vínculos con la existencia cotidiana y una mirada crítica ("Es la democracia / de la mercancía") hacia el mundo globalizado (al que desmitifica partiendo de la diversidad de lenguajes que se producen en él) completan la apuesta de Javier Moreno.” **Manuel Rico, El País, Babelia**.

“La potencia semántica de *Cortes publicitarios* coloca a este poemario en un lugar extraño, central e inaugural dentro de nuestra poesía.” **Vicente Luis Mora, Revista Quimera**.

“Moreno ha escrito una de las más envolventes sagas de emociones que pueda leerse hoy en día. Con el valor de la autenticidad, sin otros espejos que la propia desnudez de un lenguaje propio.” **Andrés Magro, Diario 16**.

SEIS CLAVES SOBRE *NULL ISLAND*:

1. *Null Island* es ese lugar imaginario situado en el Golfo de Guinea al que el buscador de Google Maps nos remite cuando introducimos unas coordenadas erróneas. Cero grados latitud Norte (y Sur) y cero grados longitud Este (y Oeste). El origen de coordenadas de la superficie terrestre. Pero *Null Island* también puede ser la provincia de Soria. O un sexo impotente. Así, a base de metáforas que alcanzan desde lo imaginario a lo más carnal, avanza la escritura de esta novela.

2. *Null Island* es una ficción que pudiera parecer autoficción y viceversa, una novela que habla de la decadencia sexual de un hombre como metáfora tal vez de la de la propia literatura. Hay en *Null Island* un mar de fondo que a veces aflora a la superficie de la página y que podría resumirse en una pregunta, y en una respuesta a modo de hipótesis: ¿cuánto de sexual hay en la narración, en todas ellas? ¿No es toda narración convencional, con su estructura de principio-nudo-desenlace, sus juegos retóricos, con su gratificación siempre demorada, una metáfora idealizada del sexo?

3. *Null Island* no deja indemne al lector. Porque habla de un mundo que es el suyo y plantea interrogantes difíciles de soslayar. Hay psicología, pero también sociología en esta novela. Comparcen en sus páginas la problemática de las redes sociales, de la intimidad... ¿Hasta qué punto es necesario el secreto? ¿Es tolerable la transparencia absoluta? ¿A quién interesa esa transparencia?

4. Tal vez *Null Island* pueda incluirse en el género confesional, pero serían estas unas confesiones al estilo de San Agustín o de Rousseau, unas confesiones por tanto que sirven para retratar no solo a un hombre sino a un tiempo y una manera de entender ese tiempo. Lo colectivo es tan importante en esta novela como lo individual, una colectividad que rebasa lo humano para aproximarse a las cosas. He aquí otra pregunta que subyace a lo largo y ancho del libro: ¿Y si, sin darnos cuenta, estuviésemos asistiendo a un cambio de paradigma? ¿Y si las cosas hubiesen empezado a cobrar tanta o más importancia que las personas? ¿Es posible escribir una novela absolutamente democrática? La impotencia como metáfora de un querer y no poder, o todo lo contrario, ya no poder nada en concreto para poderlo todo.

5. Hay en esta novela una épica de lo minúsculo, de lo aparentemente intrascendente (el personaje se define en alguna de sus páginas como un anti-Cid). Hay viajes físicos, pero sobre todo imaginarios. Y, por supuesto, una historia de amor; varias, de hecho. Historias que parecen repetirse, reflejos de un mismo acontecimiento deformado en esa casa de los espejos que es la literatura.

6. ¿Y si el protagonista de esta novela padeciese en realidad de un exceso de posibilidad? Porque esa es la enfermedad de un escritor que no se conforma con escribir una sola historia sino que quiere escribirlas todas. ¿Podría ser la impotencia el -indeseable- efecto secundario del exceso de posibilidad? ¿Y si esa fuera en realidad la enfermedad de nuestro tiempo?

FRAGMENTO DE *NULL ISLAND*

HOUDINIZE

El bailarín se contorsiona sobre la escena como si hubiese decidido convertir su cuerpo en un sonajero de carne y hueso. El programa de mano y la crítica lo dejaban claro. El coreógrafo había sido fiel a los pocos documentos filmicos que constaban de Harry Houdini, los había visionado cientos de veces (Houdini arrojándose esposado del puente de Rochester, Houdini colgado por los pies de una grúa, embutido en una camisa de fuerza); había interiorizado aquella vibración animal y errática cuyo final, por previsible no menos sorprendente, era la liberación de un cuerpo aherrojado por cadenas y grilletes. Houdini había conseguido encontrar un método en el espasmo, había mostrado a sus contemporáneos cómo la libertad podía ser la conclusión natural de una agitación errática y compulsiva. *Houdinize* (liberarse o librarse de algo retorciendo el cuerpo) era la aportación de aquel hombre a la lengua inglesa. Añadir un verbo a un idioma no era sino otro modo de inmortalidad. Houdini era el abanderado de los que amaban la libertad, el hombre capaz de evadirse de los instrumentos de opresión de la policía y el manicomio. Houdini como precursor de la deriva *beatnik* y de los espasmos del Rock and Roll. Nada menos. Y sí, en algún momento, de manera artísticamente deliberada, los movimientos convulsos del bailarín recuerdan a Elvis o al Iggy Pop de los Stooges. A imagen y semejanza del escapista, el bailarín había logrado desprenderse sucesivamente de las cadenas, de la chaqueta, de la camisa y los pantalones (había salido a escena vestido como un ejecutivo, esposado a un maletín), y todo sin usar las manos, convirtiendo el estilo de Houdini en una coreografía, transformando la magia en danza, sumando al asombro del milagro la fruición estética.

El bailarín acaba liberándose de sus ataduras. El final es previsible, casi bisoño, pero ello no hace que nuestro goce sea menor. Al fin y al cabo el espectáculo obedecía desde su inicio al esquema mil veces repetido del escapista. El público de Houdini sabía que acabaría librándose de sus cadenas y respondía a esa expectativa satisfecha con el aplauso. Nosotros hacemos lo mismo.

Salimos del teatro enardecidos como siempre que acontece el milagro de que el espectáculo desemboque en placer. Cenamos en un restaurante mejicano próximo a la sala de teatro. Yo propongo tomar una copa a continuación pero Marta prefiere regresar a casa.

Marta está bella esta noche, tanto o más deseable que cualquier otra noche, pero por algún motivo, cuando nos metemos a la cama, siento que me abandonan las fuerzas. Lo intento una vez tras otra. Penetrarla. Me había convertido en espectador de mis propios actos y me sentía incapaz de seguir

representando aquel papel para el que, sin saber por qué ni cómo, ya no estaba dotado. Marta, solícita, tratando de ayudarme, introduciéndome en su boca, lamiendo y succionando hasta la desesperación sin ningún resultado. El presente mudándose en gerundio, un tiempo indefinido donde resulta imposible la consumación de cualquier acto. Me agito bajo las sábanas pero, al contrario de lo que había ocurrido durante el espectáculo, la conclusión no es la liberación del deseo sino una pasmosa desolación. En ese momento, desprovisto de la coraza protectora de la literatura, confrontado a aquella flaccidez a la que no socorrería ninguna metáfora, solo acuden a mi cabeza una sucesión de palabras que golpean como neones vergonzantes y patibularios: maldición, impotencia, gatillazo.

El color azul del envoltorio del preservativo y la cabeza abombada de la funda de látex hacen que irremediablemente me venga a la cabeza la imagen de un pitufo defenestrado sobre la mesilla de noche.

Espero a que Marta duerma para salir de la cama y plantarme frente al teclado. Abro algunas webs de pornografía. Jovencitas. Anal. Bondage. Intento masturbarme viendo esas escenas, no por la necesidad de experimentar placer sino para cerciorarme de que soy capaz de lograr aquello que hasta hacía tan solo una hora se me había concedido de manera gratuita, como respirar o hablar.

No lo consigo. Mi sexo sigue sin responder, encerrado en sí mismo, empeñado en una idiocia negligente. Cierro el ordenador y regreso al dormitorio. Marta duerme o finge que duerme. Me tumbo de espaldas a ella sin poder conciliar el sueño. Continúo masajeando mi miembro sin esperar ya nada de él, como se acaricia a un niño enfermo o a un moribundo. Me pregunto si alguien sigue masturbándose a oscuras, bajo las sábanas, fantaseando con escenas sexuales en lugar de recurrir a cualquiera de las miles de páginas porno que pueblan la web. La escena se me antoja inverosímil, pero quiero suponer que debe de quedar algún hombre o mujer que prefiere hacerlo así, recurriendo solo al material que le suministra la imaginación. Llego a la convicción de que las páginas de contenido pornográfico deberían, de hecho, incorporar un apartado dentro de su catálogo donde apareciesen personas masturbándose sin el auxilio de ninguna imagen (solo primeros planos de labios entreabiertos y pupilas dilatadas bajo las que se agitan las fantasías como peces tras la superficie de un lago helado). Se me antoja que ese apartado sería algo así como la poesía del porno, destinado a unos pocos pero selectos degustadores de pornografía entre los cuales me gustaría incluirme. Trato de fantasear, de imitar a uno de esos poetas del onanismo, pero mi imaginación solo me ofrece estándares pornográficos ineficaces, clichés manidos. Tal vez mi imaginación, en lo referente al sexo, esté agotada o saturada, y lo que corresponda sea un régimen de adelgazamiento, un Ramadán de abstinencia.

Del mismo modo en que el ayuno es una llave para hacer regresar el apetito, quizás la privación de imágenes sexuales infunda nuevos deseos. Tal vez.

Cubro mi glande con su capuchón de piel, con la amargura de quien echa el telón tras una representación fallida. Interrumpido el inútil diálogo con mi cuerpo me quedo a solas con mi conciencia. Monologo. Me abandono al ritual previo al sueño. Pongo a circular mis pensamientos, a entrechocarlos en busca de una idea fulgurante, como un acelerador de partículas que persigue a la desesperada un componente fundamental de la materia, antes de la parada definitiva. No pretendo llegar a ningún lugar por medio de la especulación. Simplemente recorro a ella como una costumbre, y esta noche no es una excepción. Especular había sido desde que tengo uso de razón una manera de conciliar el sueño. Hay quien necesita contar ovejas o respirar de manera pautada. Yo pongo a mi pensamiento en una barquita a la deriva, y así, gradualmente, pasando de la lógica a la analogía y de la analogía a la metáfora, me precipito infaliblemente al ilimitado delirio del sueño.

La pornografía es el simulacro de la infidelidad. Es el último pensamiento que recuerdo antes de caer rendido por el sueño. El output final de la jornada. O tal vez esa frase ya pertenezca del todo a mi sueño. O quizás sea esa frase un hijo cuya custodia deban disputarse la vigilia y el sueño. En ese caso no sabría muy bien por quién optar, si por uno o por la otra, el sueño o la vigilia. Papá o mamá. Me rindo. Todos nos hallamos divididos, con un cabo de cada pensamiento y de cada gesto en ambos extremos.